

Enrique Badosa: «Lo inefable en Subirachs», *ABC Cataluña*, 4 de julio de 2005, p. 22

Fue en 1986 cuando Josep Maria Subirachs comenzaba la magna obra que está pronto a terminar. Obra magna por su envergadura física, por su calidad estética. Claro está que me refiero a traducir en piedra de arte el relato evangélico de la Pasión en la fachada del mismo nombre en el Templo de la Sagrada Familia. Con el progreso creativo del escultor, el trabajo de los arquitectos. Y también una cada vez mayor y admirativa presencia de visitantes, lo mismo españoles que extranjeros. Poco falta para que nuestro artista dé por acabada tan extraordinaria tarea.

Hace muy pocos días que en esa fachada se ha instalado la monumental y bellísima representación de Cristo ascendiendo a los Cielos. Una suerte de peana en forma de puente entre dos torres, acoge un gran bronce dorado. Cinco metros de altura y un peso de dos toneladas. La Ascensión del Señor culmina el relato evangélico, esta vez palabra traducida en metales, bronce y oro. Otra espléndida creación de Subirachs que, tanto por su belleza como por ser el punto culminante del texto pétreo y fiel a la Palabra del Libro, reclama hacia lo alto la contemplación. Pero, a pesar de que el Cristo ascendente señala un final, la obra de Subirachs aún no está del todo acabada. Falta la mitad de un frontón que representa a profetas y patriarcas.

No tardará mucho en quedar instalado ese frontón en el cual Subirachs se ocupa, a la par que en otras tareas. La creatividad subiraquiana no cesa. En más de una ocasión ha representado una imagen muy peculiar de su escultura: la de San Jorge, que podemos admirar en muy públicos lugares. Otro San Jorge, pues, estará en el Templo de la Sagrada Familia. Esta vez, en piedra. Bella imagen, muy de Subirachs sin duda alguna. Tres metros de altura. Se colocará en la entrada principal del templo, la de la Gloria. He tenido el placer de estar con el artista en momentos de su trabajo en tal imagen. Un imponente San Jorge que permitirá una suerte de juego de miradas entre la imagen y su contemplador. Subirachs ha sido el primer escultor en lograr que los ojos de sus imágenes se dirijan siempre al observador, sea donde sea que éste se sitúe. Efecto impresionante cuando se consigue en la tela de un cuadro, y más, si cabe, cuando se produce en el material del escultor.

O sea que a sus 78 años, Subirachs sigue plenamente creativo. Hay que felicitarle y felicitarnos. Creatividad que no se limita sólo a la escultura. En otoño, se inaugura una exposición de obras pictóricas debidas a quien no por vez primera emplea los pinceles. También he tenido el placer de seguir esta nueva obra pictórica subiraquiana. Un estilo inconfundible. Simbólicas y metafóricas expresiones de un mundo muy peculiar en lo físico y en lo metafísico. Un trazo de firmeza alada y arquitectónica, un color casi levitante.

Fusión de lo rotundamente sólido y de lo con transparencia rotundo. Línea y luz cromáticas para logradísima versión –esta vez sobre madera- del estilo y de la realidad de Subirachs. Enigma de magia y de misterio, el de esos cuadros en los que lo rotundo no niega sensualidades: las afirma.

Y vuelvo a la Fachada de la Pasión, al Cristo ascendente que la finaliza de modo brillantísimo no sólo por el oro que ilumina el bronce, sino por el arte que bronce y oro ilumina. Una creación, este Cristo, que acaba de dar sentido literal y estético a un trabajo de arte firmado por uno de los más personales, originales artistas de hoy. Un gran artista que asumió el riesgo de traducir lo inefable.